

PSICOANÁLISIS Y POSMODERNIDAD

SILVIA BLEICHMAR

1935. Cuatro años antes de la muerte de Freud, seis años después del crack financiero en los EE.UU. Anaís Nin escribe en su diario: "El número de mis pacientes se multiplica a un ritmo aterrador(...) Cuántas personas duras y no - humanas he visto derretirse ante mis ojos y volver a ser humanas. Cuántas iras se desvanecieron, cuántas actitudes falsas se abandonaron, cuántos odios quedaron curados... He visto que la fuente de ira más corriente es la impotencia. La hostilidad no es más que celos. El afán destructivo es un signo de impotencia... En Norteamérica, lo veo, todo se basa en la supervivencia de los más duros. Los sensibles, los tiernos, caen y son pisoteados. Moldeo en masa, pérdida de la individualidad, confusión entre la individualidad y el respeto por el yo, una pérdida de identidad" (1).

Pretender, en medio del vértigo, aliviar aceleradamente el dolor de una masa informe que se desintegra, que busca por y a través del psicoanálisis salvar los restos de humanidad que se le escapan... No han sido pocos los momentos en los cuales los psicoanalistas se han visto convocados a ello en lo que va el siglo, pero posiblemente jamás los riesgos fueron mayores: nunca el psicoanálisis ocupó en el interior de una cultura el lugar que ocupa hoy en la Argentina, y nunca estuvo tan cerca de agotarse en el circuito reverberante de formulaciones carentes de respuesta, de enunciados reiterados y vacuos en los cuales la desintegración de los sujetos en la angustia se tope con la hoquedad de enunciados que circulan sin sostenerse más que en una realidad discursiva que no enraiza en lo histórico vivencial.

Los tiempos que más exigen pensar no dan tiempo, a veces, a pensar. Y si bien no es posible entenderlo todo en un momento - ni siquiera una parte del todo, descartada la ilusión de que ese todo sea posible -, tampoco parecería posible comprender algo cuando se está capturado en el mismo ritmo que generan la confusión y el sufrimiento. La impotencia a la cual somete la magnitud de la tarea no deja de producir efectos: de *la arrogancia tras la cual se disimula apenas el desconcierto* - arrogancia que captura bajo un lenguaje esotérico, la mirada fascinada del joven sometido al enigma y anhelante de recuperar en el otro adulto un sistema de certezas -, de *la soberbia con la cual se reviste la incapacidad absoluta* por establecer un mínimo sistema regulador ante una realidad aparentemente enloquecida en la cual mutan diariamente no sólo los valores económicos sino los juegos de fuerzas, las posiciones de los sujetos que a ella se ven sometidos, los ideales y las metas; de *esta soberbia que proclama que "no hay cura psicoanalítica"* - equiparando el deseo de alivio del sufrimiento con el furor curandis -, que propone la esterilización de miles de mentes fecundas y sensibles condenándolas a la repetición del dogma y a la automutilación, que genera verdaderos fenómenos de conRAINTeligencia, anatemizando la pregunta irreverente y la duda metódica, motor de todo progreso intelectual; de *esta reiterada infatuación narcisística en la cual se cree ser aquello que se repite como cantinela, al abandono liso y llano de todo intento de conceptualización, no hay mucha distancia.*

ARGENTINA 1989: INTERROGANTES

Soy una psicoanalista argentina en 1989, más de cincuenta años me distancian de la práctica de Anaís Nin en Nueva York, en 1935. El psicoanálisis ha recorrido un camino lo

suficientemente largo como para que cada analista conozca los límites de su propia práctica para aliviar el sufrimiento humano, se plantee los nuevos interrogantes que enigmas siempre vigentes, renovados bajo diversas formas, le imponen. Pese a ello, ¿no hay en nuestros pacientes de hoy, en la forma de circulación de la cultura analítica en nuestra sociedad presente, algo del apremio, de la búsqueda de un salvataje perentorio e inminente ante un naufragio posible del espíritu que nos enfrenta al mismo vértigo que describen las páginas del Diario que he recuperado al comienzo de este texto?

Diez mil nuevos aspirantes a psicoanalistas, a psicoterapeutas, a "psi" no parece ser un interrogante menor en nuestra sociedad argentina de hoy. Si el número de jóvenes que ingresa a la carrera de psicología constituye un síntoma de nuestra cultura, este síntoma no tiene, por supuesto, un carácter aislado; no es menos extraño que el fenómeno psicoanalítico mismo. ⁽²⁾ Subrayaré sí el hecho de que *el psicoanálisis parecería haberse convertido en un eje central de creencias en el interior de un estilo de vida que ha perdido marcos referenciales y órdenes de legitimación de su cotidianidad*, y si bien la estabilización democrática puede dar perspectivas de recomposición de los mismos, sabemos de qué modo los remanentes imaginarios del pasado pueden afectar no sólo el procesamiento de los nuevos tiempos a los cuales nos enfrentamos, sino retardar o incluso obstaculizar su instalación.

UNA POSMODERNIDAD IMAGINARIAMENTE ASUMIDA

Señalo de inicio mi incompetencia para definir las líneas que podrían abarcar el tema desde una perspectiva sociológica. Evidentemente, no es mi métier ubicar los rasgos más generales tanto económicos como sociales de la Argentina actual. Sin embargo, un mínimo de sentido y lectura (amén de la vivencia) harían imposible pensar que nuestra sociedad pueda caracterizarse por estar en la etapa de las sociedades post-industriales, cuyo correlato en la producción de conocimientos ha sido denominado como post-modernidad ⁽³⁾. Pese a ello, el hecho de que los intelectuales inscribamos nuestra producción en el concierto mundial - y en el caso argentino, prioritariamente en el occidental -, *hace que suframos inevitablemente los efectos de una postmodernidad imaginariamente asumida*. Esto no lleva, necesariamente, a una actitud de subordinación que podríamos enmarcar en líneas generales como de colonialismo cultural, sino que es mi intención poner de relieve el hecho de que hemos sufrido procesos específicos que, si bien son de un orden de proveniencia diversa a aquellos de los países altamente industrializados, entroncan en ciertos puntos tanto con sus avances como con sus impasses teóricos.

Si la sociedad argentina actual se ve invadida por el desarrollo hipertrofiado de un psicoanálisis que se cuele por todos sus intersticios, tal vez quepa preguntarse, a casi cien años de la fundación del psicoanálisis, qué ha advenido del "hombre psicoanalítico": a qué distancia se encuentra éste de aquel que propiciara Freud en El porvenir de una ilusión; qué ha aprendido, qué camino ha recorrido en su devenir. Y aún más, a qué tipo de "malestar en la cultura" responde.

(2) No me detendré extensamente en ello, ya ha sido objeto de abordaje en una mesa redonda realizada en la revista Vuelta Sudamericana y el lector puede remitirse a ella para encontrar elementos que le permitan apreciarlo en toda su dimensión.

Y luego, ya en la reflexión que hoy inquieta no sólo a los psicoanalistas sino a los intelectuales en su mayoría, a quienes se interrogan no sólo por el origen sino por el futuro del psicoanálisis, ¿en qué medida éste ha podido o puede dar respuesta en el futuro a un malestar de tal tipo? Pregunta que no deja de estar relacionada con esta otra: ¿cómo puede, si es que debe, contribuir a aliviar el sufrimiento singular y en el movimiento mismo de hacerlo elucidar las causas que lo producen, ayudando así a los hombres a encontrar no sólo respuestas, sino fundamentalmente preguntas que orienten las reflexiones al respecto?

TRASCENDENCIA RELIGIOSA VS. TRASCENDENCIA HISTÓRICA

Detengámonos un momento en la ilusión constituida alrededor del psicoanálisis como recomposición de un sistema de creencias en el marco de una sociedad que ha visto seriamente mutiladas sus posibilidades de sostener y recomponer un horizonte mínimamente reasegurante para la mayoría de sus miembros. Freud definió la ilusión como una creencia cuya motivación esfuerza sobre todo el cumplimiento de deseo. Lo que caracterizaría a la ilusión es que siempre deriva de deseos humanos, y se aproxima en este aspecto a la idea delirante; se diferencia de la misma en que mientras lo esencial de esta última es la contradicción con la realidad efectiva, la Ilusión no es necesariamente falsa, vale decir irrealizable o contradictoria con la realidad. Es por ello que *la ilusión, aún cuando provenga de deseos inconscientes, justifica una esperanza.*

No es sino el desvalimiento humano el que lleva a la organización de sistemas ilusorios de reaseguramiento. Entre todos ellos, la religión ocupa un lugar preponderante. Si el hombre abandonara a religión, dice Freud, se encontraría en una difícil situación: tendría que confesarse su total desvalimiento, su nimiedad dentro de la fábrica del universo. La reconciliación con la muerte (o al menos la posibilidad de tolerar su vigencia siempre activa) se abre por los desfiladeros de la trascendencia. Es por ello que la pregunta acerca de la finalidad de la vida es siempre una pregunta religiosa. Y aún cuando desestimemos racionalmente una teleología de la vida, dado que los seres humanos dejan discernir como fin de su vida el alcanzar la felicidad (entendiendo por tal la ausencia de dolor y displacer y el vivenciar intensos sentimientos de placer), la constitución de un campo ilusorio que ofrezca una finalidad o un destino, constituye el medio fundamental a través del cual paliar la angustia ante la muerte y obtener una reconciliación posible.

No contrapuesta al placer, no enraizada en el displacer, la muerte se disocia, en términos de trascendencia o no, a partir del hecho de que el vivir implica conciencia de las posibilidades de la misma. Siendo el yo del sujeto psíquico un sistema de representaciones que hace a la constitución de un sistema de pertenencias personales, no sólo toma a su cargo la representación de la vida sino el temor al aniquilamiento, a su propio aniquilamiento: muerte simbólica y no biológica que se juega en el campo de lo psíquico. Por ello la paradoja de un ser vivo destinado a la muerte es resuelta a través del prolongamiento en los objetos del mundo que lo rodean, en los objetos de amor de inviste (ocupa, carga), aquellos que lo precedieron y los que lo continuarán.

La vieja discusión entre fenomenólogos y psicoanalistas gira, al menos en lo que hace a este punto, sobre un falso eje. Es verdad que en el inconsciente nadie cree en su propia muerte - es este un postulado freudiano fundamental -, que la muerte no es un problema del inconsciente, y para el psicoanálisis el ser humano, no reducido ya a un puro ser de conciencia, es el producto de esta creencia - desmentida en la propia muerte. Pero subrayemos el hecho de que si en algún lugar del psiquismo no estuviera inscripta la

certeza de la muerte y el temor a la finitud de la vida, se acabarían las realizaciones de cultura. La cultura es el producto de esta compleja y fina imbricación entre creencia en la muerte propia y desmentida a través de la trascendencia de su vigencia real. Si se renuncia a la realización del deseo inconsciente es en función de evitar la destrucción definitiva y total, de devenir un ser "amable" - es decir plausible de ser amado -, y "perdurable", no sujeto a un aniquilamiento definitivo.

Dos parecerían ser los ejes fundamentales alrededor de los cuales se estructura la trascendencia como forma imaginaria de la vida después de la vida. Uno de ellos es, evidentemente, el religioso. El otro, el histórico. Las utopías históricas constituyeron en nuestro siglo una de las vías privilegiadas para paliar la angustia de muerte en un mundo que tendió, al menos en su primera mitad, a la laicización. La instauración de una sociedad a-religiosa (al menos en el sentido tradicional del término) en amplios sectores de la tierra, el carácter privilegiado que asumió el socialismo no sólo como vía de resolución de los graves problemas de la humanidad sino como modo de relevo de las aspiraciones hacia la trascendencia de grandes masas humanas, es un fenómeno aún no suficientemente puesto de relieve. El problema que subrayo es el de la imposibilidad - al menos para amplios sectores de la humanidad - de encontrar formas de trascendencia fuera de una reinscripción mágica de lo cotidiano, sea esta reinscripción del orden del espiritualismo religioso, sea del recubrimiento de las propuestas aparentemente más enraizadas en una racionalidad lógica en el interior de un imaginario que las resignifica. El abandono de la religión en el sentido tradicional del término, como creencia en un más allá, sólo puede ser tolerado por los seres humanos mediante su relevo por una creencia en un "más acá", retomado en el carácter terrenal de los actos, pero desplazado en el tiempo hacia una posibilidad trascendente. La propuesta de trascendencia histórica puede devenir "religiosa" o estar fuera del marco del enclaustramiento doctrinal, pero se inscribe siempre en una suerte de trasvasamiento, de pasaje, de remisión a futuro que implica un doble movimiento: *asumir una presencia en el mundo es al mismo tiempo organizar un conjunto de creencias acerca del valor de la propia existencia*. Si el laicismo implica la posibilidad de volcar todas las energías sublimatorias (aquellas producto de una renuncia al placer pulsional directo) hacia tareas terrenales, deben abrirse posibilidades de que estas tareas sean trascendentes para que un laicismo posible no devenga mero cinismo, para que no se transforme en a-temporalidad y a-topía, es decir búsqueda hedonista que deja al sujeto aislado, despojado de todo vínculo en el mundo. El único pensamiento laico productivo posible es aquel que desplaza la potencialidad creativa de la creencia a tareas acordes con el principio de realidad, lo cual no implica, en modo alguno, la renuncia a una ilusión que conserva.

SUBJETIVIDAD, ALTERIDAD, TEMPORALIDAD

Desde esta perspectiva por la cual optamos, una segunda conclusión deriva: *el equilibrio psíquico depende de un complejo juego entre subjetividad y alteridad*. Si el sujeto psíquico es un sub - jectum, siempre sostenido por el otro, el embate de sus pulsiones, sus deseos más arcaicos, no son sólo obstáculo para la construcción de cultura, sino para sí mismo, dado que la puesta en riesgo de sus posibilidades amorosas genera el riesgo de destrucción del yo, espacio privilegiado del amor, de ligazón de la pulsión de muerte. Siendo el amor un movimiento que va del yo al objeto, inaugura un primer orden de trascendencia que remite tanto a las posibilidades sublimatorias como al conjuro de la muerte en la permanencia en el mundo a través y por los objetos (en sentido de objetal),

como representación que en el mundo es capaz de ser cargada libidinalmente, investida por un movimiento que al mismo tiempo que refleja y da sentido al ser, lo constituye al desenmarcarlo de su enclaustramiento solipsista. Trascendencia es entonces un concepto no sólo de apertura a la temporalidad, sino también ligado a la alteridad, es decir a la posibilidad de un complejo juego entre el placer a obtener y a la conservación del otro como reflejo de lo humano. La trascendencia histórica cumple a partir de esto la doble función de posibilitar un exhortorio para la renuncia pulsional y dar sentido a la misma, quedando jugadas pulsión y sublimación en un movimiento pendular donde si uno de ellos queda anulado, el otro es librado a su propio destino. Si el sujeto quedara definido por la perspectiva única de la trascendencia - y ciertas propuestas religiosas o religioso - políticas son un ejemplo de ello - alienaría absolutamente sus posibilidades de goce; se convertiría en un ser que resigna a vida a la muerte, el goce a un futuro nirvana. A diferencia de ello, la trascendencia histórica, en la medida en que se propone la recuperación de la felicidad en la tierra tiene la virtud de ensamblar un equilibrio siempre más armónico entre placer y trascendencia.

¿Qué ocurre cuando las vías posibles de esta trascendencia histórica aparecen cercenadas? Sea ello por el arribo a la convicción del fin de la utopía y su imposibilidad de reemplazo por metas más modestas, sea porque se ven cercenadas brutalmente sus posibilidades de realización y los sujetos son sometidos a múltiples traumatismos que instalan no sólo el abandono de las utopías mutiladas sino la renuncia a toda ilusión transformadora. Una pseudo búsqueda de la felicidad individual pasa a un primer plano, pero es una búsqueda que queda sometida absolutamente al principio del placer - displacer: sólo puede regirse por la evitación del sufrimiento y la tendencia a la evacuación de toda carga. El aparato psíquico se ve impelido a someterse al principio del Nirvana, se genera una especie de muerte en vida en la medida en que todo incremento de la tensión es vivida como lacerante y displaciente y sólo se anhela la descarga a cero de la energía. Cabría tener en cuenta acá el poema de Walt Whitman: "Sólo era paz lo que quería, y pagué sin regatear el precio que me pidieron". En este caso la búsqueda de placer fracasa reiteradamente en la medida en que el placer mismo se agota en el circuito reverberante de su economía. En un marco tal, el intento de reconstruir la felicidad a través del matrimonio o de la familia constituye los restos de una modernidad que se agota, inscribiéndose en los restos de esa modernidad. Es tal vez este el motivo que ha llevado en los últimos años a una acentuación del desarrollo de los llamados "análisis de pareja", o de grupo, intentos de reconstrucción desesperados de un espacio de encuentro que arranque de la soledad a la cual los sujetos son arrojados en el contexto antes descripto.

INSCRIPCIONES DE LA POST-MODERNIDAD EN PSICOANÁLISIS

He señalado en párrafos precedentes de qué modo los psicoanalistas argentinos, así como el conjunto de los intelectuales, sufrimos, por razones diversas a aquellas que impulsa el fenómeno en las sociedades post-industriales, los rasgos de una post-modernidad imaginariamente asumida cuyos efectos intento poner de relieve. Veamos en el campo psicoanalítico, aun cuando no podamos dejar de señalarlo por ahora sólo en forma descriptiva, algunos de dichos rasgos. Frederic Jameson, en "Posmodernidad y sociedad de consumo" señala: "Creo que el posmodernismo se relaciona estrechamente con este nuevo momento del capitalismo tardío, de consumo o multinacional. Creo también que sus rasgos formales expresan en muchos aspectos la

lógica más profunda de este sistema social particular. Sin embargo, sólo puede mostrarse con respecto a un único tema principal: la desaparición de un sentido de la historia, la forma en que todo nuestro sistema social contemporáneo ha empezado poco a poco a perder su capacidad de retener su propio pasado, ha empezado a vivir en un presente perpetuo y en un perpetuo cambio que arrasa tradiciones que todas las anteriores formaciones sociales han tenido que preservar de uno u otro modo".

El hecho de que toda una corriente propiciada por el estructuralismo formalista haya hecho abandono de la historia como concepto fundamental a ser tenido en cuenta en la construcción de una singularidad en el interior del psicoanálisis podrá ser inscripto dentro de estas determinaciones generales que marca la emergencia de la posmodernidad. El enorme peso y el desarrollo inusitado que adquirió en nuestro país no puede dejar de evocar los esfuerzos desarrollados por la dictadura durante los años pasados por fracturar la memoria histórica del conjunto de los argentinos y anular todo intento de rescate singular de una historicidad que ponía en riesgo la supuesta racionalidad del proyecto militar mismo.

EL PASTICHE: UNA FORMA DE ESCRITURA QUE HA PERDIDO EL REFERENTE

El segundo aspecto que remarca Jameson y que nos parece de interés retomar es aquello que señala como un rasgo del pensamiento posmoderno mismo y su forma de expresión: el pastiche. Estableciendo un paralelo entre la parodia (imitación burlesca de una obra seria, reconocida) y el pastiche como estilos posibles, señala lo siguiente: tanto el pastiche como la parodia recurren a una imitación o, mejor aún, a la mímica de otros estilos y en particular de los amaneramientos y retorcimientos estilísticos de otros estilos. Y lo que ha caracterizado a los escritores de la modernidad es el hecho de que se definen por la invención o producción de un estilo bastante único, mediante el cual, por diferentes que sean estos estilos entre sí, establecen un punto de comparación: cada uno de ellos es absolutamente inequívoco; una vez que se le conoce, a no es probable que se le confunda con otro. La parodia se aprovecha del carácter único de estos estilos y se apodera de sus idiosincrasias y excentricidades para producir una imitación que se burla del original. Ello no quiere decir que el impulso satírico sea consciente en todas las formas de parodia. Un parodista bueno ha de tener cierta simpatía secreta por el original, del mismo modo que un gran mimo ha de tener la capacidad de colocarse en el lugar de la persona imitada. Con todo, el efecto general de la parodia es el de poner en ridículo la naturaleza privada de esos amaneramientos estilísticos, sus excesos y su excentricidad con respecto a la manera en que la gente normalmente habla o escribe. Así pues, en algún lugar detrás de la parodia queda la sensación de que hay una norma lingüística en contraste con la cual no es posible burlarse de los estilos de los grandes modernistas. ¿Pero qué sucedería si uno ya no creyera en la existencia del lenguaje normal, del discurso ordinario, de la norma lingüística? Supongamos que en las décadas transcurridas desde la emergencia de los grandes estilos modernos la misma sociedad ha empezado a fragmentarse de esa manera, cada grupo ha llegado a hablar un curioso lenguaje privado, cada profesión ha desarrollado su propio código de ideología o modo de hablar particular y finalmente cada individuo ha llegado a ser una especie de isla lingüística separada de todos los demás. En un caso tal la posibilidad misma de cualquier norma lingüística con la que se pudieran ridiculizar los lenguajes privados y los estilos idiosincráticos se desvanecería y no tendríamos más que diversidad estilística y heterogeneidad. Ese es el momento en que aparece el pastiche y la parodia. Pero el

pastiche siendo como la parodia la imitación de un estilo peculiar o único, *habla en un lenguaje muerto*, una práctica neutral de la mímica, sin el motivo ulterior de la parodia, sin el impulso satírico, sin risa, sin ese sentimiento todavía latente de que existe algo "normal" en comparación con lo cual aquello que se imita es bastante cómico. *El pastiche es parodia neutra, parodia que ha perdido su sentido del humor.*

¿EN QUE HA DEVENIDO GRAN PARTE DE LA ESCRITURA PSICOANALITICA?

¿Es necesario que subrayemos, con riesgo de caer en la obviedad, que el *pastiche* ha sido el estilo predominante de la escritura psicoanalítica de estos años, y que las determinaciones de este fenómeno no pueden ser sólo circunscriptas a la repetición de una moda vigente en Europa (en donde no se ha dejado de producir no sólo conocimientos sino "sentido" en el interior del campo psicoanalítico) y son en gran parte producto de un decir a medias, barroco y esotérico, en un país donde el discurso de conjunto estuvo acallado y que propició, afortunadamente sin lograrlo, que los intelectuales se convirtieran en un remedo de sí mismos so pena de desaparición física? Paradójicamente, lo siniestro devino familiar, Heimlich, y *muchos psicoanalistas se resisten hoy a abandonar un discurso de tal tipo, la modalidad del pastiche*, cuando las condiciones se han definido en la dirección de una realización del discurso comunicacional posible. Tal vez son renuentes a este abandono porque hacerlo implica reconocer que la presunta arrogancia en la cual se encapsuló el discurso analítico no fue el producto de un avance en el conocimiento que propiciaba una nueva retórica sino la consecuencia necesaria y comprensible del ejercicio de una práctica del pensar y del decir en el marco de condiciones que lo imposibilitaban.

Si el psicoanálisis propicia un estallido del discurso cotidiano en el interior del método de la libre asociación no es sino en función de su recomposición posterior. Se trata de la fragmentación de una estructura de significaciones en aras de su recomposición a partir de la inclusión en ella de los elementos faltantes - reprimidos - capaces de otorgar una nueva recomposición al sentido. Pero, en modo alguno, el psicoanálisis se podría postular como un irracionalismo. La ruptura de la racionalidad vigente en el neurótico, su sistema de certezas así como el síntoma alrededor del cual se constituye, sólo serán desarticulados con vistas a una rearticulación de sentido, oculta para el sujeto. Pero *el sentido es algo hacia lo cual el psicoanálisis tiende*, y esto se hace sentir en la obra freudiana no sólo a lo largo de la exposición de los casos clínicos, sino del rigor de una lógica cuya función hace tanto a la producción como a la transmisión de conocimientos. Que esta lógica no sea la que pretenden los positivistas cuando intentando leer negro sobre blanco reducen las contradicciones vigentes en el texto y apelan al recurso de autoridad para transformar la obra en una nueva institución, no quita que tienda a la construcción de un sentido, otro también, por referencia a las modalidades con que se pretende instaurar como doctrina.

ENTRE EL SIN SENTIDO Y LA MATEMATIZACION

Un tercer rasgo de la post-modernidad que parecería haber entrado en juego como ideología subyacente en el psicoanálisis argentino actual y que ha comenzado a circular como preocupación entre aquellos que dentro y fuera del campo se preocupan hoy tanto por sus alcances como por sus consecuencias es la propensión latente a que tanto el

conocimiento como la práctica psicoanalítica se deslicen por la vertiente del sólo valor de cambio.

Apelaré en este caso a los desarrollos de F. Lyotard para hacer más explícita la cuestión. Nuestra hipótesis de trabajo, dice este autor en su conocido libro *La condición post-moderna*, es que el saber cambia de estatuto al mismo tiempo que las sociedades entran en la época llamada postindustrial y las culturas en la época llamada post-moderna. La multiplicación de máquinas informacionales afecta la circulación de conocimientos tanto como lo ha hecho el desarrollo de los medios de circulación de hombres (transporte) y de sonidos e imágenes (media). En esta transformación general la naturaleza del saber no permanece intacta. No puede pasar por nuevos canales y devenir operacional más que si el conocimiento puede ser traducido en cantidades de información. Se puede por tanto extraer la previsión de que todo lo que en el saber constituido no sea traducible, es decir matematizable, será desechado y que la orientación de investigaciones nuevas se subordinará a la condición de traducibilidad de los resultados eventuales en lenguaje de máquina.

Quiénes conocemos los desarrollos psicoanalíticos producidos por una corriente del psicoanálisis francés en los últimos años (fundamentalmente aquellos propiciados por Lacan al final de su vida), que más allá de impulsar a una metáfora matemática parecerían haber sido tomados por los psicoanalistas como una real propuesta de matematización, no podemos dejar de preguntarnos si no respondería, en última instancia al acomodo a una propuesta del tipo descripto por Lyotard. Si la razón última el intento desesperado por hacer entrar toda la teoría psicoanalítica en el llamado matema, es decir en una formalización gráfica despojada de contenidos donde lo específico de la singularidad histórica y representacional queda diluido en la generalidad de la abstracción matemática, al mismo tiempo que la recomposición de la teoría del inconsciente - ¿y por qué no, del sujeto - en sistemas binarios definidos por la mera lógica formal del significante no sería un intento desesperado por salvar al psicoanálisis de una desaparición forzada ante lo inconmensurable tanto de su teoría como de su práctica.

Pero este intento llevaría, a partir de la subordinación pragmática a una post-modernidad no deseada pero asumida de hecho, a la desaparición lisa y llana del psicoanálisis.

Mientras se intentaría teóricamente responder desde esta matematización a uno de sus requisitos: "¡Sed matematizables o desapareced!", se crearía la paradoja de que un análisis matema ya no es operatorio en la clínica (clínica que se define por el rescate de la historia, de la singularidad, del carácter insubordinable a una lógica binaria del sistema de representaciones, de los rasgos productivos con márgenes poco previsibles de los conglomerados fantasmáticos), debido a lo cual el psicoanálisis quedaría reducido a pieza de museo, a campo de investigación pura que, perdido el referente clínico transformador, aceleraría su desaparición por relación al deseo de una presunta conservación. Lo conmesurable, en el post-modernismo, está guiado por la noción de eficacia. El psicoanálisis, devenido matematizado pero ineficiente, cumpliría uno de los requisitos que le serían exigidos pero al mismo tiempo anularía el otro.

En última instancia, la preocupación que estaría en el centro de nuestra inquietud actual no es la de acomodar el psicoanálisis a estas condiciones, sino la de preguntarnos hasta qué punto es posible su compatibilidad, como ejercicio último de un libre pensamiento que parecería tender a ser expulsado en el pasaje a las sociedades de masas. Es a partir de ello que más que a una marginalidad deseada y de principio, nos enfrentaríamos a una marginalidad asumida e inevitable, despojada de toda valoración, consecuente con un

método y una técnica derivada que sólo puede ser entendida en el orden de la singularidad y la historia.

Afortunadamente es en el Argentina de hoy (y pese a los embates de una crisis que cobra el carácter más salvaje que este siglo recuerde), donde parecería abrirse la necesidad de generar las mejores condiciones para la constitución de esta práctica psicoanalítica reducto de la modernidad, en la medida en que tanto el reconocimiento de la singularidad como el profundo movimiento de rehistorización abre, al menos en el campo ideológico, posibilidades de inserción de una apertura del psicoanálisis en el marco dominante de estas vertientes. Paradójicamente, muchas de las propuestas que aparecen como de avanzada en el campo científico: matematización y desconstrucción del sentido en el interior de un barroquismo "pastiche", son remanentes anacrónicos de fenómenos que expresan la dominancia del pasado reciente y su persistencia en el campo político bajo formas aparentemente novedosas.

LA CIRCULACION DEL CONOCIMIENTO COMO PURO "VALOR DE CAMBIO"

Un elemento más de análisis para las ideas que intento desarrollar lo constituye la forma predominante de circulación - mercancía del conocimiento psicoanalítico en la actualidad. "El antiguo principio de que la adquisición de saber es indisoluble de la formación (Bildung del espíritu e incluso de la persona, cae y caerá en desuso en las sociedades post-modernas" dice Lyotard en el libro de referencia... "El saber es y será producido para ser vendido, es y será consumido para ser valorizado en una nueva producción: en ambos casos, para ser intercambiado. Cesa de ser en sí mismo su propio fin, pierde su valor de uso". En psicoanálisis, el "valor de uso" deriva del hecho de que su apropiación sirve para abrir nuevas transformaciones clínicas, siendo el carácter del valor de cambio algo que opera en el campo marginal, del orden de los sistemas de intercambios sociales del analista practicante. Un psicoanálisis que se limitara al hecho del valor de cambio, en el cual se degrade paradigmáticamente el conocimiento a su puro valor mercantil, no puede sino esterilizar las perspectivas de sus propios descubrimientos. *La propuesta de retorno a la clínica, de recuperación del campo específico de operancia del psicoanálisis deviene entonces, al mismo tiempo que la única preservación posible para el métier analítico, la sola vía de recuperación ética del psicoanálisis.* Transformación y reubicación de los conocimientos en su valor de cambio, valor específico que arranca tanto de la perversión como de la esterilidad a la cual queda degradada la enseñanza y el aprendizaje cuando las metas últimas, es decir la ampliación de un horizonte de conocimiento que ayude a aliviar el sufrimiento psíquico, se pierden.

LA RUPTURA DEL EJE SINGULARIDAD - ALTERIDAD

Volveremos ahora a nuestro tema de partida, la ruptura del eje de la trascendencia determinante en la caída del sistema de valores, elemento a través del cual se liga la pérdida de las perspectivas transformadoras con lo que se ha dado en llamar en la filosofía "la muerte de Dios".

En las sociedades capitalistas desarrolladas, postindustriales, el sistema de alienación se ha incrementado a partir de la expulsión de la mayoría de los sujetos de las áreas de verdadera decisión. Esto es lo que algunos autores (Baudrillard, por ejemplo) conciben como "satelización". Las funciones superiores se separan y satelizan, entran en órbita, y

todo lo que no puede ser capturado en ella, todo lo que no puede ser orbitalizado, es exorbitado, abandonado, condenado a girar en la marginalidad.

A partir de esto, se pierde recurso a toda trascendencia. La trascendencia estalla en mil pedazos que son como fragmentos de un espejo en el cual vemos todavía reflejarse furtivamente nuestro rostro, nuestra imagen, antes de desaparecer. La indiferencia hacia el semejante, la expulsión del universo de pertenencias, la pérdida del yo... constituyen los movimientos centrales de este procesamiento. En nuestro país, es evidente que este movimiento no es el producto de un desarrollo tecnológico y económico que se asemeje a los modelos de las sociedades altamente desarrolladas, sino de los modelos fascistizados de ejercicio del poder en el campo político, y del modo salvaje de concentración de capital del tipo que hemos visto producirse a principios del año en curso.

Al modo de una bomba de neutrones que estallará en la cabeza de cada uno, el traumatismo masivamente extendido de sentirse capturado en el accionar de una enorme maquinaria de destrucción, (sea durante el proceso de terrorismo de Estado a nivel de la maquinaria mutiladora de la represión, sea durante el terrorismo de acumulación de capital a la pérdida no sólo de capacidad adquisitiva sino a la pérdida misma de identidad en cuanto a sistemas de pertenencias y modalidades de ejercicio de una identidad social) desestructura los sistemas de certeza establecidos y arroja a la angustia ante la imposibilidad de rearmar defensas, modos de simbolización adecuados.

EL PROYECTO DE ANIQUILAMIENTO DE LOS SISTEMAS DE SOLIDARIDAD

Por nuestros consultorios desfilan entonces los sujetos presa de la angustia masiva que encontramos desplazándose, a la búsqueda de la historicidad y del reordenamiento de una imagen. Porque la lucha de los hombres por impedir esta reducción a la necesidad, por impedir esta caída debajo de la persona y, en despecho de todo, empeñados por sobrevivir en su calidad de hombres, nos convoca a no sucumbir nosotros mismos a la fragmentación a la cual el furor de la realidad nos impulsa.

1935... 1989... ¿Qué paralelo histórico entre el texto de partida, el de Anaís Nin, y nuestro atravesamiento vivencial?

Un proyecto de trascendencia colectiva cuya finalidad última es el aniquilamiento es un proyecto que se anula a sí mismo, deviene una paradoja trágica, tal la propuesta de los nazis en la década del treinta. Se trata de producir un hombre liberado del sentimiento de unidad de la especie humana. Un hombre que, en nombre de la raza, repudie la idea misma de humanidad, siendo así relevado de toda obligación hacia el semejante. Al "no matarás" los nazis pretendieron sustituir el ideal de una subjetividad asesina. *El remanente ideológico, triunfo del nazismo, es la pérdida de la capacidad de asombro de los hombres frente a la muerte. La pérdida de la capacidad de escandalizarse, la subordinación de los valores que definen una ética de la vida y la muerte, es, desde este punto de vista, el comienzo de la postmodernidad, al menos en el sentido ideológico.*

LOS NUEVOS SOFISTAS

El otro hombre, escribe Emmanuel Levinas, me despierta de mi espontaneidad de sonámbulo, quiebra el imperialismo tranquilo e inocente de mi perseverancia en el ser, y me pone en la imposibilidad de ocupar el mundo como una vegetación salvaje, como una pura energía, como una fuerza de hecho. Mi libertad no es la última palabra, yo no estoy solo. Sin hacerse anunciar, el Otro, el Próximo, entra en mi vida, su cara desnuda,

inviolable, expuesta y sin embargo sustraída a mis poderes... Esta intrusión, este desarreglo, es mi nacimiento al escrúpulo. El proyecto fascista tiene como objetivo romper esta intrusión, en lugar de ver en ella el hecho ético fundamental, el semejante deviene un ataque insoportable a la propiedad y a la integridad del cuerpo. Se desmantela así el concepto de semejante. Un mundo sin otro, fue, en esencia, el proyecto del nazismo. La prevalencia de esta propuesta es lo que se conserva como remanente de su ideología. Es esta transformación del otro en intruso, en portador de gérmenes, lo que devuelve en forma fracturada la imagen de sí mismo. Pérdida de la trascendencia y ruptura del espejo no son sólo condiciones efecto de una post-modernidad social o económica, sino ideología que subyace a todo proyecto de aniquilamiento del hombre de tomar en sus manos las riendas de su propio destino. Que este proyecto sea del orden del terrorismo de Estado, es decir, que implique la mutilación del pensamiento o la aniquilación física, o que sea del orden del terrorismo económico, es decir, que pretenda subyugar a nivel de las necesidades más básicas la supervivencia humana, nos acosa del mismo modo con el estupor y la desesperanza.

Una nueva sofística pretende mostrarnos el ocaso como avance, la permanencia en las modalidades del pasado como nuevo proyecto futuro. La diferencia mayor entre los antiguos y los nuevos sofistas, decía Hannah Arendt, es que los antiguos se mostraban satisfechos con una pasajera victoria del argumento a expensas de la verdad, mientras que los modernos desean una victoria más duradera a expensas de la realidad. En otras palabras: aquellos destruían la dignidad del pensamiento humano, mientras que éstos destruyen la dignidad de la acción humana.

APERTURA A LA ESPERANZA

El psicoanálisis no puede entonces reducirse al eco mudo de la impotencia. Los antiguos filósofos se contentaron con comprender al mundo; hemos participado de una etapa del siglo que se propuso transformarlo. No podemos terminar reducidos a la contemplación estuporosa.

He tomado partido a lo largo de este texto. He intentado advertir que, a diferencia de lo que parecerían propiciar algunos, el psicoanálisis no sólo es irreductible a la post-modernidad, sino que se convertiría en el refugio más sólido para la conservación de un espacio posible donde ampliar los límites de una humanización siempre en riesgos de fracaso. *La actitud antilírica, desmitificadora, no autoriza a la renuncia a algunos principios básicos iniciales del psicoanálisis que fundamenta un metarrelato ético: surgido en el interior de las prácticas de la cura, su postulado de partida es el "hacerse cargo" del sufrimiento psíquico con vistas a su alivio y resolución. Enmarcado en una desconstrucción del sentido aparente, su operancia se redefine por la posibilidad de la construcción de un sentido otro, que no se desliza hacia lo irracional sino como momento de su recorrido y reconocimiento de las oscuras fuerzas que operan en la determinación del devenir psíquico. Abierto hacia las determinaciones sintomales, recorre la historia y arranca del presente perpetuo al cual condena la pulsión de muerte y la compulsión de repetición. Definido en el movimiento de activación de una singularidad que bascula en el interior de una alteridad que la constituye, no se reduce al ejercicio de una libertad garantizada por el solipsismo ni por el hedonismo del sujeto deseante. Tendido hacia los espacios de recuperación del placer, no se agota en los circuitos reverberantes del goce sino que se extiende hacia las construcciones sublimatorias que la cultura ofrece. Respetuoso de los*

modos de recomposición del ser humano, aborda sus estructuras sintomales en el interior de una resignificación que inaugura nuevas posibilidades de ejercicio de la libertad.

Si las líneas precedentes pueden ser enmarcadas en el deslizamiento - ya recorrido por Freud -, de intentar abrir el porvenir a la ilusión, pido al lector que no pierda de vista el hecho de que la recuperación de la ilusión, en el orden del juicio de realidad, es siempre la apertura a la esperanza que el escepticismo intenta constantemente arrebatarnos.